

gundo del anterior, pero en quien renunció todas las herencias de la Casa Real de España su hermano Luis (segundo Delfín de Luis XIV, aunque llamado Duque de Borgoña por caso). Comienza el cisma del Toisón, en Viena, del partido carolino español.—0029, Carlos III de Borbón, rey de España, y décimotercero soberano del Toisón, después de sus hermanos mayores Luis I y Fernando VI.—0030, Carlos IV, rey de España, como todos los siguientes.—0031, Fernando VII.—0032, Isabel II (comienza el segundo cisma del Toisón, por los pretendientes de la rama carlista).—00033, Alfonso XII, décimoséptimo soberano del Toisón, y 00034, Alfonso XIII, décimoctavo soberano del Toisón.

No sé si decir a mis lectores que por un espléndido, augusto y reciente regalo, ha vuelto a España, y figura en un Instituto cultural de Madrid, acaso la más bella pieza (soberbias iluminaciones) de los manuscritos históricos del Toisón. El autor celebra que la publicación de estos artículos le haya dado ocasión de conocerla, y desearía el preciso beneplácito para hablar del libro "imperial" (imperial por dos razones), a los benévololectores.

II

MARIANA DE NEOBURGO Y LAS PRETENSIONES BÁVARAS A LA SUCESIÓN ESPAÑOLA

(Continuación) (1).

IV

Desde la llegada de Harcourt a Madrid hasta la aproximación de la Reina a Francia.

A fines del año 1697 había ya nombrado Luis XIV sus Embajadores cerca de las tres Cortes, poco antes enemigas: el Conde de Tallard, para Inglaterra; el Marqués de Villars, para el Imperio, y el Marqués de Harcourt, para España. Los tres tenían im-

(1) Véase el BOLETÍN, tomo LXXX, cuadernos, I, II y III, págs. 28, 107 y 219.

portantes misiones que cumplir; ninguna de tanto interés como la referente a la sucesión española. Basta comparar las instrucciones que se dieron a Harcourt con las que recibió Harrach para advertir la superioridad de la diplomacia francesa sobre la austriaca. Según Luis XIV, la reina doña Mariana es el personaje principal de la política española; domina porque se la teme, no porque se la ama. Es interesada y gusta de recibir regalos. El Almirante tiene la posición de primer ministro, aunque no ostente el título ni ejerza las funciones. No es de fiar; engaña a la Reina o al Elector de Baviera, aunque parece más probable lo primero.

Tras este prólogo, analizan las instrucciones el pleito de la sucesión, resultando del análisis que sólo los derechos de Francia son incontestables; y luego de aleccionar así al Embajador se afirma que en España existe una corriente de simpatía hacia Francia, si bien durante la guerra sólo Austria y Baviera estuviesen en juego. La mayoría de los españoles prefiere para sucesor de Carlos II, al Delfín o a alguno de sus hijos, y odia a todo lo alemán. Harcourt se aplicará a formar el partido francés, ganándose en primer término a los grandes y ministros. La omnipotencia de la Reina y sus simpatías austriacas serán, sin duda, un obstáculo; pero, en cambio, las antipatías que inspira allanarán el camino al Embajador. También importa atraerse a los conventos, por la gran influencia que ejercen en la vida española; a este fin fué enviado ya en abril del año 1697 el padre le Blandinière.

El único rival que preocupa a Luis XIV, según el texto de las instrucciones, inspirado en las noticias transmitidas por Duval, es el Emperador, puesto que cuenta con la adhesión de la Reina. Harcourt debe impedir que llamen al Archiduque, y si esto hubiese ya acaecido antes de su llegada, protestar enérgicamente y no pedir audiencia hasta que reciba nuevas instrucciones. Si se acordase dar al Archiduque el Gobierno de Milán, declarará el Marqués que esto obliga a su Rey a acudir en defensa de la oprimida Italia, amenazando así con la guerra.

Terminan las instrucciones con una descripción de la Corte de España; los confidentes y secuaces de la Reina son la

Condesa de Berlepsch, el padre Gabriel y el padre Matilla, dominico muy inteligente, confesor del Rey; el capuchino, padre Gabriel, en cambio, es vano y codicioso. Estos tres personajes y muy singularmente la Condesa tienen la culpa de la animadversión general que la Reina inspira. Luis XIV prohíbe terminantemente a Harcourt que se mezcle en las cábalas contra doña Mariana, la cual no debe tener nunca la menor queja de él. El Embajador procurará desvanecer sus prevenciones antifrancesas y no escatimará los regalos a ella y a la Berlepsch. El Rey galante, tan conocedor del corazón femenino, iba a ser un temible rival para Leopoldo y Maximiliano Manuel.

Harcourt, llegado a Madrid el 24 de febrero de 1698, recibió carta, fechada en 4 del mismo mes, modificadora de sus instrucciones, en vista de las últimas noticias, según las cuales la oposición de la Reina y del Almirante frustró la ida del Archiduque a Madrid y a Milán. Bastará, pues, para solventar este punto, que el Embajador aluda a él en el curso de la audiencia y afirme que su Rey no lo habría tolerado de ningún modo.

La carta del 19 de febrero es más explícita. Luis XIV escribe en ella que, si bien la Reina aparece como resueltamente austriaca, no se preocupa tanto de ayudar en efecto al Emperador como de producir buena impresión a Harrach para que éste la transmita en Viena, a su regreso. Alude luego a las negociaciones con Baviera y las potencias marítimas, de que se hablará más adelante, y pasa a ocuparse de las pretensiones de Portugal a la sucesión española. No tenía, en verdad, este asunto la importancia que le atribuye la mónica a Harcourt, dedicándole capítulo especial. La única base de él podía ser la solidaridad familiar, tan arraigada en doña Mariana.

Pedro II de Portugal había casado por poderes, el 2 de julio de 1687, con la princesa palatina María Sofía Isabel, hermana de la Reina de España. No era, pues, inverosímil que doña Mariana, nada afecta a Francia y a Baviera, y alejada también de Austria últimamente, se decidiese a proteger a la estirpe de su hermana en sus pretensiones a la herencia de Carlos II. Además, conocido su temor al convento y al destierro, se explicaba la amistad portuguesa que la depararía un refugio seguro y ha-

lagaría a los partidarios de la unión ibérica, numerosos siempre en la Península.

Esta solución del intrincado pleito sucesorio, menos violenta y arriesgada que otras, preocupaba también en Viena, donde se llegó a pensar en reforzar el ejército español, poco propicio acaso para la guerra contra los franceses, con el portugués, cuya vecindad le permitiría acudir sin demora cuando las tropas de Luis XIV atravesasen los Pirineos. Harrach escribió al conde Borromeo que el Emperador no repugnaba la alianza con Portugal, merced a la cual se dispondría de 40.000 hombres más (1). Pero no es creíble que Leopoldo pensase seriamente en ningún convenio con un Rey que, llegado el caso, defendería ante todo sus propios intereses.

Luis XIV había enviado de embajador en Lisboa a Rouillé, en mayo de 1697, para estar al corriente de cuanto aconteciese en aquella Corte; y también Harcourt recibió orden de vigilarla.

El Embajador francés no encontró en Madrid la acogida cordial que esperaba. Lejos de recibirle con los brazos abiertos, transcurrió el tiempo sin que se le señalase la primera audiencia. No fué tan sólo porque Harrach trabajó cuanto pudo por retrasarla, sino porque Carlos II enfermó otra vez de gravedad, y su dolencia dió ocasión, como de costumbre, a las maquinaciones políticas. Harrach se proponía aprovechar la tregua para poner fuera de combate al temido rival francés. El 25 de febrero de 1698 había escrito el Emperador a Carlos II pidiéndole la renovación de la alianza de 1689, reparando así las grietas producidas por la paz de Ryswick. Las negociaciones las llevaría en Viena el embajador español Solsona. Aunque esto no se logró, se obtuvo, por lo menos, que Guillermo III revalidase el artículo secreto para el caso de morir Carlos II, y el negocio se llevó con tal sigilo, que ningún inglés lo conoció por entonces (2).

A mediados de febrero escribía Auersperg que el Rey de In-

(1) Legrelle, II, pág. 124. é Hippeau, I, pág. 125.

(2) Onno Klopp, *Der Fall des Hauses Stuart und die Succession des Hauses Hanover in Grossbritannien und Irland* (Viena, 1676-77), t. VII, pág. 501.

Inglaterra estaba propicio a renovar la Gran Alianza. Recordando este antecedente se comprenderán mejor los acontecimientos ulteriores.

El 17 de ese mismo mes de febrero transmite ya Harcourt a Luis XIV sus primeras impresiones de la Corte de España. La coincidencia de su llegada con la enfermedad del Rey contrarió mucho a la Reina, que habría deseado ocultar el estado de salud de su consorte. A juzgar por lo que oye, ni Portugal ni Baviera cuentan con muchos partidarios. Termina el Embajador mostrándose asombrado de las noticias que le da su Rey acerca de los tratos de Francia con Baviera y las potencias marítimas.

He aquí lo ocurrido. Apenas firmada la paz, reanudó Luis XIV las negociaciones que Boufflers y Portland habían seguido antes, al solo fin de obtener el reconocimiento de Guillermo III por parte de Francia. En enero de 1698 llegó a París Bentink, conde de Portland, como representante del Rey de Inglaterra, y con la principal misión de obtener que Jacobo Estuardo fuese expulsado de la Corte francesa. Como la sucesión española ocupaba a la sazón lugar preeminente entre los negocios políticos europeos, Luis XIV atribuyó al deseo de intervenir en ella el envío del Embajador inglés. Erraba en esto el Monarca francés, porque Guillermo III, deseoso de mantener buenas relaciones con Austria y con Francia y de favorecer de paso a Baviera, prefería no tocar la vidriosa cuestión sucesoria. El 14 de febrero de 1698 se celebró la primera conferencia entre Portland, Pomponne y Torcy (1). El Embajador inglés mostró ya en ella su inclinación favorable a los intereses de Maximiliano Manuel, confirmando así las previsiones de Luis XIV, consignadas en las instrucciones a Tallard (2), pues, aunque empezó diciendo prudentemente que las potencias marítimas, a causa de su situación geográfica, propendían más a la inteligencia con Francia que con el Imperio, añadió luego que no era esto sino su opinión particular, y afirmó, en cambio, rotundamente que en el Príncipe electoral de Baviera concurrían los

(1) Grimblott, *Letters of William III and Louis XIV and of their Ministers* (Londres, 1848), tomo I, pág. 306.

(2) Reynald, *op. cit.*, t. I, págs. 68 y 69.

derechos más claros a la sucesión española, sin que le conveniesen ninguno de los argumentos aducidos para probar la nulidad del testamento de Felipe IV.

Pero volvamos a España. Horas de gran amargura pasó la Reina durante la enfermedad de Carlos II, no tanto por amor a su marido como por temor a las consecuencias de su muerte. El miedo la acercó de nuevo a Harrach, cuyo consejo fué, como era lógico, que se obtuviese sin demora el testamento a favor del Archiduque. El Embajador alemán juzgó durante aquellos días muy próximo el triunfo de su causa; pero una voluntad enérgica logró arrebatárselo. El cardenal Portocarrero se interpuso entre la Reina y el Rey; y como no ignorase que el resorte más eficaz de doña Mariana para influir en el ánimo de Carlos II era el confesor de éste, padre Matilla, le declaró ateo, consiguiendo así apartarlo de su cargo y colocar en lugar suyo al padre Froilán Díaz, religioso en quien tenía confianza.

Tarde ya, comprendió la Reina su equivocación al desoír las advertencias de Harrach contra Portocarrero (1); y para contrarrestar la influencia del Cardenal se decidió, al cabo, a hacer venir a Oropesa, como lo venía suplicando el Embajador, quien consiguió por obra del miedo lo que en vano había pretendido con prudentes consejos.

La actitud de don Antonio Joaquín Alvarez de Toledo, conde de Oropesa, era no obstante una incógnita. En tiempos de la Reina Madre se había mostrado partidario, no sólo de Baviera, sino también de la unión ibérica, ya que como descendiente de una línea transversal de la Casa de Braganza podía alegar algún derecho, aunque remoto, al trono portugués. Veremos en seguida cómo sus preferencias seguían siendo bávaras, a pesar de las ilusiones de Harrach, que creyó haberlo ganado a la causa austriaca.

Se comprende bien que no preocupasen las conexiones lusitanas de Oropesa, porque se sabía de cierto cuan hostil era

(1) "...ante todo debe cuidar V. M. de que el cardenal Portocarrero no esté solo con el Rey, porque todo el mundo sabe que fué él quien consiguió el último testamento en favor del Príncipe de Baviera..." *Diario*, 2 de marzo de 1698.

la Reina a la aproximación a Portugal. Apenas supo doña Mariana que Medina Sidonia había escrito a Lisboa para que se aperciesen tropas portuguesas en la frontera española, escribió ella a su vez, a su hermana, desautorizando la petición.

Por lo demás, la política española seguía siendo tan confusa, que mientras Harcourt comunica a París el 5 de marzo de 1698 ser muy escasas las probabilidades de Maximiliano Manuel en sus pretensiones a la sucesión de la Monarquía, según se lo acaba de afirmar el embajador de Módena, Dini, Harrach escribe por esos mismos días en su *Diario* que Oropesa y el nuevo confesor le han prometido apoyo, y que el Almirante ha llegado a anunciarle la firma del testamento apenas se restablezca el Rey.

Sin embargo, el cardenal Portocarrero proseguía adelante con su plan y no le arredraba ni aun la perspectiva de un golpe de Estado; pero juzgó preciso privar a la Reina del apoyo del Regimiento de la guardia mandado por el Landgrave de Hessen. Para conseguirlo no reparó en los medios. Comenzó por aconsejar al Rey que enviase a la Reina a Atocha, y cuando la hubo alejado, con auxilio de Monterrey, Benavente y el nuevo confesor, más la colaboración del nuncio Archinto, amedrentando a Carlos II con las penas eternas, le hizo creer que estaba hechizado (1), por culpa de la Reina y del Almirante, siendo ésta la causa de su esterilidad, y le exhortó a que alejase de Madrid al Regimiento de la guardia. La escena produjo en el Rey gran excitación y calentura; pero cuando regresó doña Mariana ya estaba logrado el propósito de sus enemigos. Harrach y Harcourt coinciden en el relato de este suceso, añadiendo el último que el Regimiento salió el 10 de marzo y que Monterrey faltó al respeto a la Reina (2).

Aunque, según el Embajador francés, ni Baviera ni Portugal contaban con partidarios en España, no se le señalaba a él audiencia, no obstante haber mejorado el Rey, ni se designaba tampoco un Comisario español para las negociaciones.

(1) Los hechizos desempeñan importante papel en la vida de este Monarca, que pasó a la historia con el mote de *Hechizado*. Véanse sobre esto las conocidas obras de Lafuente y Cánovas del Castillo.

(2) Hippeau, op. cit., tomo I, pág. 31.

Portocarrero, no contento con el reciente triunfo, aspiraba a desterrar de la Corte al séquito alemán de la Reina y al Almirante, y repetía al Rey, que habiéndoselo prometido a San Diego, no recobraría nunca la salud mientras no lo cumpliera. Se afanaba así el Cardenal en favor de la causa bávara; porque la austriaca contaba por entonces con la adhesión de la Reina; en la portuguesa no pensaba nadie, y la francesa no había adquirido aún la fuerza que luego tuvo.

Luis XIV conocía muy bien la importancia de Portocarrero en la política española. Por eso escribía a Harcourt en 16 de marzo de 1698 que no se preocupase de si acampaban o no en Madrid tropas adictas a la Reina; que propagase la candidatura francesa, encareciendo los inconvenientes de la alemana, y que se pusiese pronto en comunicación con el cardenal Portocarrero, puesto que el Embajador imperial había saltado por encima de los obstáculos protocolarios de la etiqueta.

Harcourt, por su parte, transmitía el 17 de marzo nuevas muy interesantes. La influencia de la Reina era otra vez preponderante, a pesar de no haber podido ella impedir la salida de Madrid del Regimiento de la guardia. La condesa Berlepsch y el padre Gabriel continuaban en Palacio; Monterrey estaba recluido en su casa; Oropesa presidía el Consejo de Castilla, y el cardenal Córdova había sido designado Comisario para entenderse con él (Harcourt), designación hecha por la Reina, quizá con el solapado propósito de entorpecer la negociación con dificultades de etiqueta. Pero el Embajador creía saber que las simpatías de este Cardenal eran en el fondo francesas. Respecto de Oropesa no se atrevía a aventurar opinión. Era lógico que, agradecido por su vuelta a la Corte, aparentase secundar a la Reina y al Almirante; pero sin duda disimulaba su verdadera opinión y no sería extraño que intentase engañar a Portocarrero para colocarse algún día a la cabeza del Gobierno. Por de pronto se oponía a que el Archiduque fuese llamado a Madrid o a Milán. La opinión del Consejo de Estado y la de los grandes estaba dividida, preocupándose cada cual de sus personales intereses; pero el pueblo, el clero y los doctos se inclinaban en general hacia Francia, debilitándose en cambio

el partido austriaco por antipatía a la Reina. El 19 de marzo agregaba a estos informes que la inmediata muerte del Rey era cosa descontada por todos, y que Oropesa, más hábil que la Reina y el Almirante, jugaba con ellos y acabaría pasándose al partido francés. En este punto falló la habitual perspicacia de Harcourt.

Escarmentada por los últimos acontecimientos decidió la Reina alejarse de los asuntos políticos, consagrándose tan sólo al cuidado de la salud del Rey. Mas ni aun esto desarmó a sus enemigos, que aspiraban a alejarla de su marido, a quien aseguraban que la presencia de la Reina atraía sobre él los espíritus malignos. Se llegó a pensar en la separación de los cónyuges por causa de esterilidad; y se consiguió apartar temporalmente del Gobierno al Almirante.

Así las cosas españolas, escribía el Emperador a Harrach, en 25 de marzo de 1698, que obtuviese desde luego el testamento a favor del Archiduque y la ratificación del Consejo de Estado (1). No cabe mayor ignorancia de la situación política española, ni de la impopularidad de la causa austriaca a la sazón.

Harcourt, en cambio, escribe jubiloso que el Landgrave de Hessen se está haciendo antipático en Cataluña, porque, persuadido de la inmediata muerte del Rey, adoptó resoluciones extremas, que ahora se veía obligado a enmendar. Parece ser, en efecto, que el Virrey de Cataluña llegó a preparar un golpe de Estado, apoyándose en el Regimiento de la guardia, golpe que habría consistido en apoderarse de los Monarcas y desterrar a Portocarrero (2). No es extraño que el Cardenal, advertido a tiempo de la trama y poco gustoso de verse recluso en Orán, se defendiese alejando de Madrid al Regimiento de la guardia.

(1) Carta del Emperador a Harrach, de 25 de marzo de 1697. (Gaedeké, I. Apéndice, pág. 42.)

(2) "Nos ha dicho la Condesa de Berlepsch que el Landgrave de Hesen está muy descontento de la Reina y de ella misma porque no quisieron secundar lo que les propuso cuando el Rey estaba tan malo y la Corte tan revuelta, y fué venir a Madrid sin que el Rey ni nadie lo supiesen: instalar en la plaza el Regimiento de la Guardia, apoderarse del Rey, llevárselo con la Reina, y mandar a Orán al cardenal Portocarrero." *Diario*, 12 de mayo de 1698.

El 27 de marzo de 1698 explica Luis XIV a Harcourt el plan diplomático que se propone seguir (plan del cual se desvía luego) en el asunto de la sucesión española. Desea convencer al Rey de España de que la Casa de Borbón, instituída heredera suya, no amenazaría el equilibrio europeo, tanto como si el favorecido fuese un Príncipe de la familia imperial. No ignoraba que las potencias marítimas verían con hostilidad ambas soluciones, pero el principal afán de ellas era que los Países Bajos no se sumasen a los dominios de Francia. Estaba él dispuesto a cedérselos al Elector de Baviera; sobre esta base comenzarían las negociaciones con Portland, cuya primera plática con Pomponne demostró la necesidad del sacrificio en favor de Baviera, a que ahora accedía resignado (1). Pronto echaría de ver que tampoco él bastaba.

La primera entrevista de Harcourt con Portocarrero se celebró, al fin, el 28 de marzo. El Cardenal se mostró sumamente amable y se declaró a sí propio hombre justo y sincero. Añadió que, después de su Rey, a quien más respetaba era al de Francia. Visitó luego Harcourt a su colega Harrach y le halló descontento de la Reina y del Almirante, cuya conducta no tuvo reparo en desaprobar. Dijo que para su partida aguardaba tan sólo que su hijo viniese a relevarlo. Llegó, en efecto, el conde Luis de Harrach el día 3 de abril; y por esa misma época doña Mariana, recuperado su antiguo ascendiente, volvió a intervenir en la política y consiguió del Rey que distinguiese al Almirante como en otro tiempo. El Nuncio intentó entonces, por conducto de la condestablesa Colonna, la bella y célebre María Mancini, una reconciliación entre Reina y Cardenal, pero el ofendido orgullo de doña Mariana se negó a aceptarla.

El 7 de abril tornaba a escribir Luis XIV, mejor informado ya de los designios de las potencias marítimas. La aspiración de éstas no era sólo procurar un establecimiento a Maximiliano Manuel, sino asegurarle toda la herencia española. Guillermo III no se pondría nunca frente al Emperador para favorecer a un príncipe francés. No siendo suficiente el abandono de los Países Bajos, era indispensable buscar otras solu-

(1) Riezler, *Geschichte Bayerns* (Gotha, 1913-14), tomo VII, pág. 440.

ciones, mediante un reparto de la Monarquía española en que Francia lograra la mejor parte. Harcourt debería sondear a Harrach para enterarse de si el Emperador aceptaría ahora un plan análogo al de 1668, concertado entre Francia y el Imperio, con exclusión de Baviera y las potencias marítimas. La insinuación la haría Harcourt al tiempo de la despedida de Harrach, para que nadie en Madrid la conociese, incidentalmente y como idea personal suya.

Simultáneamente y para otros fines negociaba Luis XIV con Guillermo III. El 3 de abril de 1698 escribió a Tallard que las conversaciones con Portland no dejaban traslucir la verdadera actitud del Monarca inglés, por excusarse el Embajador con la falta de instrucciones concretas. Sin embargo, era de presumir que Inglaterra apoyaría en España las pretensiones bávaras y reclamaría para las potencias marítimas nada menos que las Indias occidentales. Tallard debería pedir en seguida audiencia a S. M. Británica y comenzaría por afirmar que el más vivo anhelo de Francia seguía siendo el mantenimiento de la paz. Pero la ascensión al trono de España de uno de los nietos de S. M. Cristianísima no implicaría la unión de las dos Coronas, mientras que el advenimiento de un príncipe de la Casa de Austria colocaría a España bajo la dependencia del Imperio y traería inevitablemente la guerra. Añadiría Tallard, que el príncipe francés, caso de ser elegido, se trasladaría desde niño a Madrid para ser educado a la española, que con esta combinación no padecerían nada los intereses comerciales de las potencias marítimas, y que se cedería el País Bajo a Maximiliano Manuel; pero cuidaría de no comprometer de ningún modo el porvenir de las Indias occidentales.

Sorprende, a primera vista, que cuando estaba recibiendo de España excelentes impresiones y podía esperar la herencia íntegra de Carlos II, negociase Luis XIV su desmembración. Ranke lo explica diciendo (1) que no se ocultaban al Monarca francés las dificultades con que tropezaría para tomar posesión de Milán, gobernado por el Príncipe de Vaudemont, antiguo servidor del Emperador, y de los Países Bajos colocados bajo

(1) Ranke, *Französische Geschichte*, tomo IV, pág. 123.

la autoridad del Elector de Baviera; y tampoco ignoraba que el mayor obstáculo iban a ser los celos de las otras potencias, que se apresurarían a concertar una alianza para lanzarse a una guerra más dura y peligrosa que la anterior. ¿Qué apoyo esperar ni cómo proteger a los diseminados dominios españoles? Era preferible contentarse con la parte de botín que las circunstancias europeas hiciesen posible, muy bastantes siempre para acrecentar considerablemente el poderío de Francia.

En una segunda entrevista asegura Portocarrero a Harcourt que su política consiste en servir en primer término a Dios, luego a su Rey y después al de Francia. También conoce Harcourt, por entonces, el relato enviado desde París, de la conversación de Tallard con Guillermo III, mantenida el 11 de abril de 1698. Insiste el Rey inglés en considerar a Maximiliano Manuel como legítimo heredero español, pero no se opone a que se reparta la herencia de Carlos II. En ese caso el Elector de Baviera recibiría el País Bajo con una barrera frente a Holanda; España e Indias serían para un nieto de Luis XIV, y Nápoles y Milán, para el Archiduque. Las potencias marítimas obtendrían ventajas económicas en un tratado de comercio.

Esta actitud de Guillermo III tiene sus antecedentes. En marzo de 1698 había declarado a Auersperg que estaba dispuesto a renovar el tratado de alianza siempre que el Emperador se entendiese previamente con Maximiliano Manuel en lo relativo al País Bajo. No obstante las malas impresiones que de España recibía, se negó Viena a aceptar la condición; mas no por eso desistió Guillermo III de negociar con Austria, porque, a pesar de las seguridades prodigadas a Portland, sospechaba, como los holandeses, que el verdadero propósito de Francia iba a ser apoderarse de toda la Monarquía española. Así estaban las cosas cuando, el 29 de marzo de 1698, llegó Tallard a Londres, vivamente contrariado por la presencia allí de un embajador bávaro.

De su plática con el Embajador francés sacó Guillermo III la conclusión de que no lograría entenderse con Francia, y optó por reanudar las negociaciones de Viena, concretando sus demandas: la previa inteligencia con Baviera y la paz con los turcos.

Así, pues, Guillermo III y Leopoldo I negociaban entre sí y

separadamente con Luis XIV, mientras éste proseguía en Madrid con el intento de obtenerlo todo. Para ello encargaba a Harcourt que reprodujese la promesa de educar al Príncipe su nieto lejos de toda influencia francesa y que subrayase el hecho de que mientras la Reina pretendía imponer por las armas al heredero austriaco, él, en cambio, no enviaría tropas sino cuando España las pidiese. Sin perjuicio de lo cual, notificaba al Embajador que tenía apercibidos en la frontera española 30 batallones y 30.000 caballos.

Harcourt contestaba transmitiendo noticias optimistas. La conducta de la Reina restaba a diario secuaces a su causa, que se sumaban al partido francés o, en muy pequeña parte, al portugués; indignados todos que por miedo a una mujer no se adoptasen las resoluciones precisas para el caso de morir Carlos II.

El 17 de abril de 1698 fué, al fin, Harcourt recibido en audiencia por Sus Majestades. Harrach no había conseguido demorarlo más tiempo. El Embajador francés cuenta cómo se escogió para la entrevista una habitación exigua y se colocó a Carlos II detrás de una mesa, para ocultar en lo posible el mal estado del Monarca. Terminada la audiencia con el Rey, pasó Harcourt a visitar a la Reina, inaugurando así su captación, que tanto interesaba a Luis XIV.

PRÍNCIPE ADALBERTO DE BAVIERA.

(*Se continuará.*)

III

GENEALOGÍA Y NOBLEZA

QUINIENTOS DOCUMENTOS PRESENTADOS COMO PRUEBAS EN LA SALA DE LOS HIJOSDALGOS DE LA REAL CHANCILLERÍA DE VALLADOLID Y ESTUDIADOS AHORA.
por Alfredo Basanta de la Riva.

(*Continuación.*) (I)

Oñate (Martín de).

Vecino de Peralta, descendiente de la casa de Izurrategui, ganó ejecutoria de los reyes de Navarra don Juan y doña Catalina a 8 de abril de 1489. En 1576, Hernando de Oñate hizo in-

(1) Véase BOLETÍN, tomo LXXVIII, cuadernos V y VI, págs. 437 y 505; tomo LXXIX, cuadernos I II-IV y V, págs. 42, 187 y 434, y tomo LXXX, cuadernos I, II y III, págs. 58, 137 y 276.